

La llama de la caridad



Queridos hermanos y hermanas,

Hace 900 años que nuestros padres cistercienses, junto con sus comunidades, consiguieron la aprobación por el Papa Calixto II de un texto que animase las relaciones entre los monasterios, como la Regla de san Benito anima las relaciones entre los miembros de cada comunidad en particular.

A este texto lo llamaron: *Carta caritatis* – *Carta de caridad*, precisamente para que este documento permitiese a la familia monástica nacida de Cîteaux crecer en la comunión fraterna y, de este modo, reflejar en la Iglesia y en el mundo la luz divina del Amor trinitario.

Durante este año se promueven muchas iniciativas de celebraciones y de estudio para conmemorar este aniversario, importante porque de hecho la aprobación de este documento señala el nacimiento de la Orden Cisterciense como Orden monástica canónicamente constituida y organizada. En distintos congresos, simposios y encuentros conmemorativos previstos en el mundo entero, muchos aspectos de la *Carta caritatis* serán profundizados, y esto nos ayudará ciertamente a ser más conscientes de nuestra identidad, del valor de nuestro carisma, de la tarea que el Espíritu Santo nos ha confiado y que la Iglesia ha reconocido y bendecido con la autoridad que Cristo ha confiado a Pedro.

El punto central

En esta Carta de Pentecostés quisiera concentrarme en un único punto de la *Carta caritatis*, el punto central, que se debe destacar con el fin de que nosotros Cistercienses, y aquellos que de distintas maneras están incluidos en nuestro carisma, podamos reavivar hoy la llama que se encendió hace 900 años y que, a pesar de tantas fragilidades e infidelidades humanas, no ha cesado de arder a través de los siglos. Este punto central es la llama misma: la caridad.

Los problemas y las dificultades para vivir hoy nuestra vocación son muchos y no son nuevos. El tener ante nosotros constantemente estos problemas, así como nuestro reencontrarnos cada vez más unidos en el deseo y en el empeño de afrontarlos y resolverlos, hacen resaltar cada vez más una pregunta esencial: ¿Qué es lo que nos une? ¿Por qué caminamos juntos? ¿Son quizás los problemas, las dificultades y las fragilidades los que nos unen? ¿Son solamente las leyes canónicas, los compromisos adquiridos con nuestros votos los que nos unen? ¿No hay algo más profundo?

Esta pregunta se hace aún más aguda a medida que nos damos cuenta que con frecuencia todos estos factores, y el empeño de afrontarlos y vivirlos, no nos unen de verdad. Muchos huyen de la comunión entre nosotros, o en la de sus comunidades, precisamente para no afrontar los problemas o porque ya no soportan una fidelidad basada solo en leyes y en la responsabilidad asumida con los votos.

Es en medio de esta situación, en la que nos parece ser cada vez menos para asumir gozosamente una responsabilidad para la Orden, su carisma y su vocación y misión, por lo que en este año es como si el cartero llamase a nuestra puerta para entregarnos una vez más una carta expedida hace 900 años. La fecha del sello postal nos asombra: ¡23 de diciembre de 1119! La abrimos con ansiedad y curiosidad, y, ¡sorpresa!, ¡descubrimos que es una carta de amor! Nos enrojecemos un poco, porque no estamos acostumbrados a recibirlas. Leyéndola, nos sorprende su frescura. Tiene 900 años y es tan actual, tan apropiada para nosotros hoy en día. ¿De dónde le viene esta permanente novedad? Le viene precisamente del hecho de poner en el centro el amor, la caridad, y ayudarnos a entender que podemos afrontar las dificultades y los problemas, pero sobre todo vivir nuestra vocación y misión a partir de este centro, dejándolo irradiar sobre nuestro estar juntos y sobre las situaciones frágiles y difíciles que afrontamos.

Una pregunta fundamental

La *Carta caritatis* nos interpela planteándonos una pregunta fundamental: ¿Vivimos nuestra vocación a la luz de la caridad? ¿La vivimos con amor? ¿Caminamos juntos en la caridad? ¿Estamos unidos por la caridad? ¿Vivimos la pertenencia a la Orden como comunión de caridad?

Cuando un enamorado escribe una carta de amor a su amada, ante todo declara su amor por ella, después pide a la amada que declare su amor por él. Quizá ya no seamos lo bastante sensibles para esto, pero nos haría bien leer los textos fundamentales de nuestra fe y vocación justamente como declaraciones de amor que piden amor. ¿Quizá no es esto la Sagrada Escritura, el Evangelio? ¿No es esto quizá la Regla de san Benito, o las obras de nuestros autores? Y esto también es la *Carta de caridad* de san Esteban Harding y de sus contemporáneos. Tenemos que sentirnos de verdad amados, privilegiados, porque un texto desde hace 900 años se preocupa por hacernos vivir en plenitud nuestra vocación y que por esto establece y aconseja gestos y momentos de comunión de vida y de oración, de formación, de corrección recíproca para purificarnos constantemente de nuestra tendencia a dejar enfriar el “primer amor”, a entibiarnos en la vocación fundamental, la de “no anteponer nada al amor de Cristo” (RB 4,21).

La tentación de la tibieza

¿Qué es la tibieza, aquella que disgusta tanto al mismo Cristo en la Iglesia de Laodicea, hasta el punto de darle náuseas (cf. Ap 3,15-16)? Ser tibio, ni caliente ni frío, quiere decir adaptarse a la temperatura del ambiente circunstante. La tibieza es la temperatura del mundo. En el fondo, ser tibio quiere decir ser mundano. Es triste ver cómo con frecuencia nos convertimos en mundanos, conformados al mundo y a su vanidad, en todo aquello que por el contrario debería darnos una temperatura diferente para vivir lo que viven todos: la oración, el trabajo, el descanso, las relaciones humanas... La tibieza es la tentación en la que caemos más fácilmente, porque el fervor del Espíritu Santo se pierde como se enfría un café o se calienta una bebida refrescante: lentamente, el líquido que después no se vuelve a calentar o a enfriar, toma la temperatura del ambiente, y se pierde el gusto y el placer de beberlo.

Es una experiencia que todos tenemos. Perdemos fervor, entusiasmo, alegría de vivir la vocación. Perdemos el gusto de lo que una vez nos inflamaba, el gusto, por ejemplo, de la Palabra de Dios, o de la oración común, también el gusto por la vida fraterna, o por nuestro servicio a la comunidad, a la Orden y a la Iglesia. Pero contra esta tibieza no se combate con termos que mantengan artificialmente el fervor original. No basta *conservar*: se debe *alimentar* el calor, la llama que directa y constantemente calienta la temperatura del corazón y de la vida. ¿No es esto quizá el método de toda disciplina monástica, el fin de todo lo que la Regla de San Benito nos aconseja y prescribe? La fiel repetición de los gestos y de los momentos de comunión con Dios y con los hermanos lucha contra la tibieza en la que caemos, o a la que somos atraídos por la fascinación ilusoria de la mundanidad.

El fuego que necesitamos y que debemos siempre alimentar es la caridad, la caridad de Dios que se nos comunica a través del Espíritu Santo. Un himno de Tercia nos hace pedir al Espíritu: "*flammescat igne caritas* – la caridad se inflame de fuego". Por esto, es importante, como nos enseña la *Carta caritatis*, que nos ayudemos a mantener viva entre nosotros y en nosotros la llama del amor de Cristo.

Sabían bien que era el Señor

¿Cómo sucede esto? ¿Cómo ha encendido Jesús en los discípulos, siempre de nuevo, el ardor de la caridad?

Cuando meditamos los Evangelios de la Resurrección, nos damos cuenta de una constante: que la manifestación misteriosa del Señor hace arder el corazón de los discípulos de amor y de alegría. Junto a la escena de los discípulos de Emaús, en la que este ardor del corazón se describe explícitamente (cf. Lc 24,32), me gusta contemplar la escena de aquel amanecer en el que Jesús resucitado se aparece a la orilla del lago de Tiberíades. Después de la pesca milagrosa, y después de que Pedro hubiese descargado los 153 grandes peces de la barca, Jesús invita a los discípulos a compartir el desayuno que Él mismo ha preparado para ellos. En efecto, encuentran "un fuego de brasas con un pescado puesto encima y pan" (Jn 21,9).

Después de pedir a los siete discípulos que añadieran en el fuego un poco de la pesca de su pescado, Jesús los invita con sencillez: “Venid a comer”. Juan añade: “Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor. Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado” (Jn 21,12-13).

No es difícil imaginar la alegría con la que los discípulos, cansados y desilusionados, vivieron aquel momento de comunión y de compartir. En el silencio de la primera mañana, con la luz dorada del amanecer sobre el lago, el estar con Jesús fue una experiencia total, completa. No podían desear otra cosa, imaginar una belleza y una paz más grandes que ésta. Se sentían amados, colmados de amor, porque Jesús estaba vivo y con ellos. Para ellos el amor coincidía con la presencia viva de Cristo. Y la experiencia de este amor les hacía capaces de amar, de amar el amor de Jesús, su presencia, y en torno a este fuego de amor, se sentían llenos de amor por todos y por todo: de amor entre ellos, por cada uno de ellos, de amor por sus familias, por los discípulos ausentes, y por toda la humanidad. De amor también por aquella orilla, por las colinas y por el mar, por el cielo, el sol y el aire, por los pájaros y los peces, por todo el universo. Jesús, que los invitaba a estar con Él, a estar sencillamente con Él, era un fuego que inflamaba de caridad sus corazones y toda la realidad.

El amor que renueva

Toda la novedad del amor cristiano no es aquello que se hace por Dios o por los demás. La novedad está allí donde se irradia el amor de Dios y del prójimo: la novedad es aquel fuego que Cristo ha encendido para nosotros, para hacernos experimentar la belleza de su presencia. El pescado y el pan que cocinan sobre el fuego de las brasas encendido por Jesús son símbolos de la pasión y muerte, son símbolos de la Eucaristía. El fuego de la caridad se alimenta con la madera de la Cruz, para darnos a Cristo mismo a comer y a beber, a asimilar y a dar.

San Agustín recuerda que la novedad del “mandamiento nuevo” dado por Jesús no reside tanto en el amar al prójimo como a sí mismo, porque ya lo pedía el Antiguo Testamento. La novedad del mandamiento nuevo es que “nos despoja del hombre viejo para revestirnos del nuevo”. Amar como Cristo nos ama es un mandamiento nuevo porque es un amor que nos renueva (cf. *Tratados sobre Juan*, 65, 1). El mandamiento de Jesús es nuevo porque renueva nuestro amor con la llama de su amor pascual.

También Pedro, inmediatamente después de la escena en torno al fuego a la orilla del lago, comprende que puede decir a Jesús: “¡Tu sabes que te quiero!” (cf. Jn 21,15-17) porque esta caridad ya no es algo que saca de sí mismo, sino el reflejo y la irradiación del amor que siente arder en sí mismo estando con Jesús, uniéndose a Él.

Una sola cosa con Cristo

La gran novedad es que la caridad es encendida en nosotros por la unión con Jesucristo.

Los discípulos reunidos con Él en torno al fuego, al pescado asado y al pan, se sentían invadir por el ardor sencillo y alegre de la comunión con Él. Quizá recordaron en aquel momento una palabra que Jesús dijo de sí mismo cuando les hablaba del buen pastor que da la vida por las ovejas. Decía: “Yo y el Padre somos uno” (Jn 10,30). Intuían que esta comunión con el Padre era como una llama que encendía constantemente en Jesús un amor sin límites. Después de su resurrección, los discípulos comprendieron que podían decir esto de ellos mismos con respecto a Él, y que esta era la llama que alimentaba también en ellos un amor infinito. Dios nos envuelve tan profundamente en el amor que Él es, que cada uno de nosotros puede decir: “Yo y Cristo somos uno”; y podemos decirlo con la conciencia eclesial de que esta comunión con Jesús nos hace una sola cosa entre nosotros. También mi hermano, mi hermana, es una sola cosa con Cristo como yo, y nada puede unirnos más estrechamente que este misterio. La Iglesia vive de la conciencia de que todos nosotros somos una sola cosa con Cristo. Y al ser una sola cosa con el Hijo, lo somos inmediatamente con el Padre en la comunión del Espíritu: “Entonces sabréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros” (Jn 14,20).

La unión con Cristo, experiencia irradiante de su caridad trinitaria, es el principio seguro de nuestra fecundidad. Nosotros, ante los desafíos de la vida, de la vocación y misión que el Señor nos confía, vivimos a menudo con el miedo de no ser capaces, de no conseguirlo. Y desconfiamos aún más de que los demás sean capaces de cambiar. Olvidamos que Dios nos ha hecho ante todo capaces de la unión con Él, aún más: que Cristo nos ha hecho ya una sola cosa con Él en virtud de su muerte y de su resurrección, con la gracia de la fe, del Bautismo, de la Eucaristía y de todos los sacramentos, haciéndonos miembros de su cuerpo, la Iglesia. La gracia de estar unidos a Cristo lo es todo, y nos hace capaces de todo aquello que Dios quiere para nosotros. La comunión con Cristo es la gracia siempre concedida y renovada. Quien acoge y cultiva esta gracia ve que todo se convierte en gracia, incluso la tarea más pesada, incluso la prueba más ardua.

Herencia y tarea

Acoger esta gracia hace posible que se cumpla y se renueve nuestra vocación, cada vocación. Al pedirnos en la *Carta caritatis* vivir nuestra vocación a la luz y con el ardor de la caridad, nuestros primeros padres cistercienses nos han dejado en herencia el secreto de una renovación siempre posible, alimentada esencialmente por la gracia de ser una sola cosa con Jesucristo. Cuando sentimos la necesidad y la urgencia de esta renovación, personal o comunitaria, hemos de percibir la llamada de Cristo a dejarnos quemar por la llama de la caridad en la comunión con Él. Pero no debemos dissociar la caridad de la comunión con Cristo, que nos une al Padre en el don del Espíritu Santo, porque Dios solo es caridad y solo unidos a Él nos hacemos “partícipes de la naturaleza divina” (2Pe 1,4).

Nuestro error más grande es el de olvidar que Jesús nos ha dicho, precisamente mientras nos pedía amarnos los unos a los otros, que sin Él no podemos hacer nada (cf. Jn 15,5). Definir la caridad fuera del estar unidos a Cristo convierte el amor en un proyecto nuestro, en una obra nuestra destinada al fracaso. No debemos decidarnos a amar, sino a estar unidos a Cristo, que nos hace capaces de amar como Él nos ha amado, de amarnos entre nosotros y de amarle a Él en cada persona que nos encontramos.

Solo esta caridad, irradiada de la comunión con Cristo, transforma nuestras vidas y nuestras comunidades. Las transforma haciéndonos instrumentos de la edificación del Reino de Dios, porque “la caridad edifica” (1Cor 8,1). Las transforma con misericordia, porque la caridad “cubre una multitud de pecados” (1Pe 4,8), los nuestros y los de los demás. Las transforma unificándolas, porque Cristo es el centro unificador de toda la realidad creada. Las transforma haciéndonos pasar “de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos” (1Jn 3,14). Las transforma cambiando nuestra tristeza en una alegría en nosotros y entre nosotros más grande que la nuestra: la alegría llena de Cristo (cf. Jn 15,11).

Pero esta herencia es también un campo que se nos pide trabajar. Toda herencia permanece viva si se convierte en una tarea. Somos herederos de un carisma que nos pide construir moradas, comunidades, construir juntos una familia de monasterios, no museos o clubes de individualistas. La *Carta de caridad* nos enseña a acoger el don de la caridad como una semilla que quiere dar mucho fruto. Nos enseña también a corresponder al hecho de que en nosotros la caridad puede alimentarse solo en la comunión con el Señor resucitado.

Entonces ¿cómo se nos da y pide cultivar la unión con Jesús, que hace brotar en nosotros y entre nosotros su caridad?

Podríamos decir que Cristo nos une a Sí en la medida en la que aceptamos y cultivamos el unirnos a los signos e instrumentos de su presencia. La *Carta caritatis*, al igual que la Regla de san Benito, insiste en que nos unamos lo primero de todo al cuerpo eclesial formado por nuestro carisma, que no descuidemos la pertenencia prioritaria a nuestra comunidad y a la “comunidad de comunidades” que forma nuestra Orden y toda la Familia Cisterciense. Nos enseña a encontrarnos, a trabajar juntos, a corregirnos mutuamente con misericordia, y a tender siempre a una comunión de oración que nos acoja en cada comunidad como si fuese la nuestra.

Debemos estar agradecidos a nuestros padres por habernos enviado esta carta de amor que nos impulsa a todo esto. Pero hemos de responder a esta carta.

¡Dios nos conceda responder con la carta de nuestra vida, y que sea también esta una carta de amor!



Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist
Abad General